

RESEÑAS DE LIBROS

JIMMY CARTER, *Jimmy Carter*, Madrid, Sedmay Ediciones, 1976, 173 pp.

Hace algunos años acaeció en Italia un hecho sorprendente. Había un joven militante del Partido Comunista que participaba intensamente en todas las actividades de su instituto político. Tenía vocación de dirigente y con frecuencia encabezaba manifestaciones y grupos de trabajo que discutían los problemas nacionales y la compleja realidad internacional. A nivel de provincia era, sin duda, un cuadro ejemplar para los comunistas. Súbitamente ocurre la desgracia: el joven asesina a su novia. El motivo fue haber descubierto que no era virgen. Se produce así la conmoción al comprobar que a pesar de lo sumamente avanzado de su conciencia política, sobrevivían en este joven los valores más tradicionales de la sociedad italiana y reaccionó como lo podría haber hecho su abuelo campesino.

Estados Unidos es, sin lugar a duda, un fenómeno de extraordinaria complejidad. Su gobierno, su maquinaria bélica, su difícilísimo proceso de producción y su papel internacional sin antecedentes históricos semejantes, lo convierten en un fenómeno a observar por propios y extraños. La primera reacción es que una sociedad así elaborada necesitaría a su frente en un momento tan crítico como el de hoy, a una personalidad que compartiese el mayor número posible de las múltiples experiencias de la sociedad pos-industrial.

La anécdota del joven italiano viene a cuento porque al leer la autobiografía de Jimmy Carter sorprende lo rústico de las más importantes experiencias vitales del futuro presidente de Estados Unidos. Es en verdad paradójico que una sociedad caracterizada por los enjambres urbanos de Nueva York, Chicago o los Ángeles vaya a ser conducida por un hombre, no viejo, que vivió su niñez descalzo, sin luz eléctrica y desempeñando las más rudimentarias tareas agrícolas. No es de sorprender, por otra parte, que paralelamente a esta categoría rústica de Carter se presente una acentuada conciencia cristiana de las más severas dentro del ámbito protestante, la bautista.

Indudablemente el libro en cuestión fue preparado en la lucha electoral

para presentar a los ciudadanos norteamericanos una autosemblanza del político demócrata. Por esta razón, tal vez, el texto peca de una ingenuidad a veces demasiado acentuada para ser totalmente auténtica. Ingenuidad que, ojalá, sea en efecto un truco propagandístico y no refleje cabalmente una personalidad peligrosamente elemental para dirigir los destinos de la nación más poderosa del mundo.

En el libro, Carter se complace en añorar la simple coexistencia rural de su niñez y primera adolescencia. Trabajo duro, herramientas anticuadas y religión. De ahí hay un salto cualitativo importante a una de las más poderosas academias militares del país. El joven Carter se convierte en cadete de Annapolis e inicia una carrera en las fuerzas armadas que lo llevaría a participar, así fuese lateralmente, en la Segunda Guerra Mundial, y por último, en las primeras experiencias de submarinos nucleares de Estados Unidos. Se presenta aquí el contraste que, sin embargo, no parece preocupar al autor; en su presentación se desliza con gran tranquilidad de su natal Georgia a las complejidades submarinas de la energía atómica en el Océano Pacífico.

De ahí que el surgimiento de la vocación política aparezca, para Carter, como una continuación de sus preocupaciones en esencia religiosas de caridad y beneficio social. Resulta interesante la crítica, un tanto *naïve*, a la corrupción de la maquinaria partidaria y electoral de su estado natal. Sin los aspavientos de la gran prensa en el caso Watergate al descubrir para el gran público que las estructuras del poder en Estados Unidos estaban muy lejos de los ideales buscados, Carter narra sencillamente los procedimientos de falsificación de votos en Georgia, que pueden identificarse con los de cualquier nación en vías de desarrollo. Esta frescura para criticar sin un espíritu trágico o sensacionalista es probablemente la característica más peculiar de la personalidad de Carter, que seguramente contribuyó en forma relevante a su triunfo electoral en medio de una crisis que nadie sabe ya, en Estados Unidos, a quién beneficia, si a los medios de difusión y al consumismo o a la purificación del sistema nacional.

Resulta fácil, casi en una simple progresión aritmética, el acceso de Carter a la gubernatura de su estado y la búsqueda de la purificación administrativa del gobierno y de sus vínculos con el mundo de las finanzas y del poder económico. Parece así que Carter estaría "predestinado" a lanzarse a buscar la nominación de su partido para la lucha más importante del país.

En todo caso el libro será un clásico en el sentido de que habrá de compararse con el ejercicio del poder por parte del próximo presidente norteamericano. Si es auténtico, y no existen razones para dudarlo, habrá ahora de enfrentarse, vigorosamente, a una maquinaria que no está sólo corrupta, como dicen sus críticos, sino que ejerce una cantidad de poder y responsabilidad tan gigantesca que su mecánica parece escapar a la comprensión de los más inteligentes analistas políticos. Tal vez, como dice Carter, se trata no ya tanto de un fenómeno de eficacia política sino de

ejercicio de honestidad y virtudes cristianas. El tiempo lo dirá; en todo caso el libro se lee con suma facilidad y con enorme interés.

JORGE ALBERTO LOZOYA

NICOS, POULANTZAS, *Las crisis de las Dictaduras. Portugal, Grecia, España*. México, Siglo XXI, 1976, 151 pp.

Este ensayo teórico-político que nos ofrece Nicos Poulantzas constituye una reflexión en torno a los fundamentos y la posible explicación de los procesos de democratización que se iniciaron a partir de 1974 y, casi simultáneamente, en estos tres países del sur de Europa. Poulantzas prescinde de la relación histórica de los hechos para analizar los procesos políticos que desencadenaron respectivamente el derrumbamiento de lo que llama los "Estados burgueses de excepción". Cinco son los factores que considera en su análisis: el contexto imperialista mundial, la relación entre las dictaduras, Estados Unidos y los países del Mercomún; las clases dominantes, las clases populares, y, por último, los aparatos del Estado. Una de las grandes virtudes del texto es que su autor persigue con su explicación prevenir las esquematizaciones o las generalizaciones que distorsionan los fenómenos históricos. Así por ejemplo, cuando se refiere a la intervención extranjera en el desarrollo de estos acontecimientos, Poulantzas insiste en que las tesis que le atribuyen un papel determinante "...presenta(n) ...la apreciable ventaja de desviar el examen de los propios errores..." y minimizar el peso de las coyunturas internas que han permitido su irrupción.

El punto de partida es, pues, el lugar especial que estos tres países ocupan en la cadena imperialista y su forma muy particular de inserción en la economía capitalista mundial. En los tres casos se trata de economías dependientes que han iniciado su industrialización a partir del capital extranjero. Ello supone una reproducción masiva de las relaciones capitalistas de producción en el seno de estas sociedades, sin que, por otra parte, hayan sido superadas las formas precapitalistas que le corresponden dado su nivel de desarrollo económico.

Si bien en cada uno de estos países la penetración imperialista reviste las características que le imprimen los factores internos, en cada caso se reproducen tanto las contradicciones interimperialistas como los efectos de la crisis actual del capitalismo. Estos dos factores repercuten directamente sobre las relaciones que imperan entre las diversas fracciones que componen las clases dominantes. Uno de los puntos cardinales de la discusión de Poulantzas es su énfasis en la existencia de fisuras importantes en la burguesía de estos países. Según él, el desarrollo económico que se inició fundamentalmente a partir de la década de los sesenta dio lugar al desarrollo

de dos tipos de burguesía: la burguesía compradora, dispuesta a una subordinación absoluta al capital extranjero, y, por otro lado, la burguesía interior, que sin rechazar la dependencia del exterior defiende en cierta medida un desarrollo más nacionalista. Mientras que la primera fracción se vincula directamente con el capital norteamericano, esta última plantea la intensificación de las relaciones con los países del Mercomún.

Para Poulantzas, el conflicto que genera el choque de estrategias contradictorias será el origen del derrumbamiento de las dictaduras. El Estado dictatorial adolece de dos debilidades fundamentales: su aislamiento con respecto a las masas, mismo que lo distingue de los regímenes de la Italia fascista y de la Alemania nazi, y la ausencia de mecanismos institucionales que aseguren la evolución coordinada de las esferas política y económica. Más todavía, estos regímenes no representaban a ningún grupo social en particular, y, según Poulantzas, tampoco lograron vincularse a ninguno de ellos. La burguesía compradora era el único grupo que estuvo dispuesto a brindarle su apoyo, siempre y cuando lograra controlar indefinidamente a las masas. Sin embargo, las dictaduras eran cada vez menos capaces de hacerlo. Frente a estas exigencias, la burguesía interior apoyaba más bien la idea de un Estado pluralista y conciliador que representara a todos los grupos y fracciones sociales; y dada la ausencia de canales institucionales para la expresión y satisfacción de sus demandas se vio forzada a optar por una política de oposición al régimen en la que coincidía con las masas que aspiraban a la democratización. La conjugación de los intereses de estos dos grupos aseguró el derrocamiento de las dictaduras, el cual, por otro lado, no es desde ningún punto de vista la garantía de que en estos países se haya iniciado un proceso de transición al socialismo. En sus conclusiones Poulantzas advierte precisamente contra el peligro de una interpretación demasiado apresurada de estos acontecimientos, en el sentido de que el apoyo popular que recibió la burguesía interior no le resta ni mucho menos su carácter reformista. Es decir, que en ningún caso la brecha que ha abierto el proceso de democratización ha desafiado ni la hegemonía de la burguesía ni los compromisos con la burguesía compradora y el capital extranjero.

Según el autor la debilidad de estos cambios reside en que se basan en una política de compromiso, esto es, en una solución pluralista que dada la crisis actual del capitalismo no es necesariamente una garantía de permanencia y estabilidad. La tarea de consolidación a que se enfrentan estos regímenes supone una serie de compromisos que para Poulantzas fomentan y generan una inherente inestabilidad, pero que, sin embargo, han demostrado en otros casos ser la única forma de democracia posible.

SOLEDAD LOAEZA